

LA DEUDA

Guillermo Francisco Salvador Saldarriaga

Image not found.

Capítulo 1

La deuda

El sábado 13 de julio llegué a la oficina convencido de que esta vez don Aparicio Carranza me pagaría. Le había dado tres meses de intervalo, pero ya no podía más. El alquiler de la casa y las moras de la universidad, me agobiaban.

Se presentó a las 10.00 am. Luego de una hora de espera, al fin lo tenía frente a mí. Era chato, tez clara, con un lunar en la mejilla izquierda. Vestía una camisa a cuadros y llevaba el cabello engominado. Parecía un sapo presto a emprender un espectáculo circense. Alzó los ojos ni bien me vio. Tal vez nunca creyó que me atrevería a regresar. Antes de hablarme, miró a su asistente, un tipo flaco, de lentes, casi como un pájaro intelectual.

Pronto nos quedamos solos.

Quiso invitarme una copa de vino que guardaba debajo del escritorio, pero en el acto lo rechacé. He venido por mi plata- le reclamé. Él mostró una sonrisa sarcástica antes de responder: no tengo. Iba a decir algo más pero en el acto lo agarré del cuello. La sangre se le subió a la cara, las piernas le temblaban, su voz cambió de repente cuando le dije: no juegues conmigo, conchatumadre.

Me citó en el campus de la Facultad de Medicina, al mediodía. Luego de seis meses había retornado a ese lugar. Había ido muchas veces allí con el fin de terminar los informes. Tuvo que pasar casi diez minutos para verme solo. Me ubiqué en una banca, donde cerca crecían acacias y malvas. Me acomodé bien esperando la hora pactada. Estaba en ello, cuando del morral, y con la prudencia del caso, saqué la navaja que mi hermano usó el día de su muerte. La llevaba siempre conmigo. Para mi suerte, nadie la encontró ese trágico día porque la tenía como ahora en mi poder. Era metálica, fría. Brillaba ante los brazos del sol que como nunca iluminaban la ciudad.

Cuando dieron las 12.05 pm, llamé al celular de Carranza. Estaba apagado. Decidí ir a verlo, esto ya no podía seguir así.

Al llegar a la puerta de la Facultad, vi una silueta pequeña con una boca gruesa que hablaba con dos médicos. Era él, mi ex jefe. Su frente perlaba de sudor.

Ni bien clavó los ojos en mí, se me acercó. Dijo que nos iríamos a recoger

el dinero.

Nos metimos a un taxi.

Allí estuvimos cerca de veinte minutos. Pegado a la ventana, parecía que el tiempo se sumaba interminable. Pronto el auto se detuvo en una casa de tres pisos. En el primer nivel se levantaba una bodega de paredes cielo, algo desconchadas. La pista estaba llena de polvo.

Cuando salimos, creí que entraríamos a dicha casa para que Carranza me pagara, pero no sucedió así.

Págame de una vez, conchatumadre- le dije.

No recuerdo que respondió el tipo, solo sé que se vino contra mí. Lo esquivé como ante un toro. Luego vi que buscaba algo en su espalda. Sabía que no tenía muchos segundos que perder. Saqué la navaja, me acerqué a él y vi que el objeto filudo y brillante se hundía en la parte izquierda del vientre de Carranza. El tipo, aun de pie, me agarró uno de los brazos, pero no sé cómo me solté y con la mano rojiza y con un hilo caliente que rozaba mis dedos, le hundí de nuevo el objeto metálico que había sido de mi hermano. Un nuevo cúmulo rojizo y espeso salpicó, pero ya no solo en mi mano, sino también en mi rostro. El hombre quedó tumbado, sin antes lanzar unas cuantas lisuras que olvidé por completo. En ese instante pasé a revisar sus bolsillos. Encontré muchas cosas que aquí no es necesario detallar. Luego de unos minutos, con los ojos vidriosos y lleno de cansancio, me erguí. Solo un perro me miraba.

Escrito por Guillermo Francisco Salvador Saldarriaga.